

Ángel Sosa Ortega

Nueve islas,  
Nueve ensueños



Relatos y Fotografías: Ángel Sosa Ortega  
[legna.asos@gmail.com](mailto:legna.asos@gmail.com)

Ilustraciones: Luís Naranjo Sosa

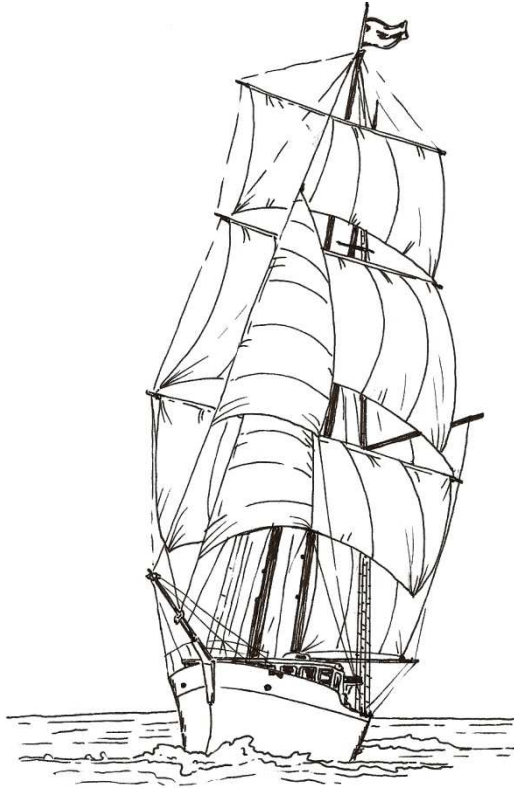
Maquetación: Iván Peralta  
[vanitaperal@gmail.com](mailto:vanitaperal@gmail.com)

Impreso en: Gráficas Doramas, S.L.  
[gdoramas@graficasdoramas.com](mailto:gdoramas@graficasdoramas.com)

Las Palmas de G.C., Abril de 2.011

## INDICE

PRÓLOGO .....	1
RELATO 1.- El Lagarto .....	3
RELATO 2.- Las Grajas .....	21
RELATO 3.- La Paloma.....	41
RELATO 4.- La Alpiska.....	55
RELATO 5.- Los Guirres.....	69
RELATO 6.- El Camello .....	86
<b>RELATO 7.- Lobos .....</b>	<b>105</b>
RELATO 8.- Los Cangrejos.....	119
RELATO 9.- Las Paredas.....	135
EPÍLOGO .....	149



## Relato 7.- Lobos

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

Cuando abuelo Antonio murió no nos dejó deudas ni bienes apreciables. Tan sólo una barca vieja y desvencijada, unos aparejos de pesca inservibles y una pequeña caja de madera con forma de baúl en la que había unos papeles y algunas baratijas que eran al parecer lo que quedaba de sus recuerdos. La barca, con el nombre de Puerto Cabras ya difícil de leer y la pintura de no sé sabe que colores, fue a parar al taller de un carpintero de ribera que a saber si pudo aprovechar de ella alguna de sus tablas; los aparejos, consistentes en unas redes que se deshacían al tocarlas y unos baldes viejos ya oxidados, fueron directamente al vertedero de basuras; la caja, después de algunas deliberaciones de la familia, quedó de mi propiedad quizá porque yo era la niña amada de sus ojos.

Pasado un tiempo, en una tarde de lluvia que me invitó a quedarme en casa de Isla Grande, me dio por revolver en el baúl del abuelo y me dispuse a matar el tiempo ojeando cuantas cosas había en su interior. Encontré monedas y billetes fuera de uso, algunas fotografías de estudio con caras serias entre las que quise reconocer a mi abuela, unas caracolas y unas lapas, una cachimba que tenía la boquilla con las señales inequívocas de haber sido usada tantísimas veces y tabaco holandés, un trozo de madera con una fecha, que algo significaría, grabada a punta de navaja y algunas cosas más sin importancia. Destacaba entre tal revoltura un fajo de sobres de carta y otros papeles amarillentos atados con un trozo de cuerda embreada. Quité el nudo y dejé caer todo sobre el sofá preguntándome que historias desconocidas, posiblemente de mi tío Isidro el marino, me iba a encontrar entre aquellos documentos.

Estaban colocados sin orden alguno. Los papeles, la mayoría de ellos hojas de libreta, carecían de fecha y estaban escritos por una

---

mano infantil a juzgar por la caligrafía y los dibujos; algunos, los menos, dos o tres al parecer, tenían un trazo más seguro aunque un vistazo rápido denotaba en el escribiente una falta total de conocimientos de las reglas ortográficas. Las cartas conservaban los sellos de distintas ciudades y naciones, muchas de las cuales no sabía yo situar en ningún mapa, pero eso sí, con el matasellado en aquellas en que eran legibles, podía saber las fechas en que fueron enviadas a los abuelos. Después de dudarlo un poco me decidí por leer uno de los papeles escritos por quien parecía una persona ya adulta que escribo aquí sin quitar ni una sola de las faltas de ortografía.

Tal ves mucho antes de que los dientes de leche me salieran crecieron en mí las ancias de recorrer mundo. Estas ganas de conocer otros sitios me yevaron a lugares nuevos y lejanos como las aletas de los tiburones que los lleban por los océanos. Siempre quise ser marino. Con cuantas aventuras de islas desiertas y tesoros escondidos habré soñado. Y me imaginaba lebando anclas, alzando velas, desplegando la mallor, la mesana o el trinquete, aprovechando el viento al máximo para ir velos sobre las olas, haciendo nudos, subiéndome al bauprés, limpiando la cubierta batida por el mar e incluso entrando al abordaje en grandiosas batallas o gritando tan fuerte como me fuera posible 'Tierra a la bista' desde la canastilla del palo mayor. Los tebeos de bucaneros y piratas que caían en mis manos eran para mí tesoros más presiados y de ellos aprendí cientos de palabras que no entendía. Quisá por ello enardesían mi mente. A decir berdad algunas de las cosas de la mar las había aprendido desde tierna edad pues mi padre era pescador y en su barca me llevaba de paseo cuando aun no había aprendido yo a caminar. Por ello amaba el mar. Me

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

dibertían las olas y el viento ensalitrado que tenía pegado a mi cuerpo como una segunda piel

Vivíamos a pie de playa en unas chabolas miserables junto a las dunas. Cada día asistía al ritual que mi padre y sus compañeros ejecutaban al subir las barcas después de las duras faenas de la pesca. Y veía a los pescadores y a sus mujeres pasar los pescados recién capturados a las cestas con las que irían a vender la captura. Era una imagen que me llevaba a mundos nuevos, en los que los peces vivos aún saltando en los últimos estertores me hacían ver escenas de pavor. Estas secuencias pronto desaparecían de mi mente ya que junto a los pescados no era raro encontrar estrellas de mar, caracolas o cangrejos, que los hombres ponían a mi alcance para que jugara, mientras ellos seguían con las faenas del día, ya fuera limpiando barcas con cubos de agua que volcaban sobre las tablas y los remos, o arreglando las redes y nasas que necesitaban remiendos

Frente a la playa estaba la isla. Negra, arrogante, inmensa. Me llamaba de forma insistente prometiéndome sientos de aventuras. Era la isla de mis sueños. Una isla desierta en que encontraría el tesoro del capitán John Silver o era la Isla de la Tortuga en la que me vería envuelto en rellertas y refriegas sin cuento.

Por fin me llevaron un día a la isla. Para entonces ya sabía que la llamaban Isla de Lobos y este nombre me llenó la cabeza de esos bichos. Y empecé a creer que vería manadas de lobos ambrientos corriendo por

sus montañas. Poco sabía yo, pobre chicuelo con pocas entendederas, que estos animales carnívoros viven muy lejos de estas islas en tundras neblinosas y en zonas de frío invernal y que por tanto era imposible encontrarlas por aquí. Quise poner mis pies descalzos en la orilla, como había visto hacer a algún conquistador en alguna lámina, sin esperar a que subieran la barca, y me caí de culo al impulso de las olas lo que provocó las carcajadas fuertes de los barqueros lo que hizo que mis ojos derramaran lágrimas amargas que no pude contener, y

Terminó el escrito que seguramente seguía en la siguiente hoja. Pero esta segunda página que yo imaginaba llena de descripciones de la isla de Lobos, tal como la había visto los ojos de un niño, no aparecía entre los papeles del abuelo. Así que me propuse ir personalmente a recorrerla en mi próxima visita a Herbania.

Tomé en mis manos una segunda hoja y una lectura rápida me puso al corriente de los sentimientos de mi tío en los largos meses de su servicio militar. Lo habían destinado a la Armada y él se prometía tiempos felices esperando largos viajes con lo más granado de la marinería. La realidad fue que después de un período de instrucción en una base peninsular su mili quedó atada al almacén de aprovisionamiento al que le destinaron. En el tercer papel escrito volvía a narrar episodios e ilusiones de su juventud:

cada día volvía a Lobos aunque para ello tuviera que darle la lata a mi padre con ruegos y llantinas; se había convertido en una necesidad ineludible porque la isla negra me llamaba con insistencia y no podía negarme a sus encantos; en la extensión desierta recorría todos los



## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

lugares bordeando la costa y subiendo hasta la única montaña que se enseñoreaba del paisaje. Me estasiaba con el contraste de los colores de la negra lava y de la arena blanca. El farero y su mujer, Rodolfo y Andrea, únicos habitantes de la isla, me recibían con grandes muestras de cariño y me instruían en todos los secretos de sus dominios. Así pude enterarme de que el nombre de Lobos no obedecía a la presencia en la isla de los animales carnívoros que yo había situado en ella sino a la de lobos marinos o focas monje que habían desaparecido hacía algún tiempo. Y también me hablaron de Magallanes y Elcano y de sus proezas, y olléndoles me enardeció la idea de que de cinco naves y cientos de hombres que salieron de San Lucas de Barrameda a dar la vuelta al mundo sólo regresaron una nao con Elcano y diecisiete supervivientes; y me contaron como el capitán Cook recorrió el Pacífico en viajes que le llevaron a descubrir Australia y otros lugares, haciendo mapas de todos ellos, y de cómo una vez muerto este navegante en Hawái por los nativos caníbales, se lo comieron; me hicieron saber del pirata inglés Drake que luchaba contra la Corona de España para arrebatarnos nuestras posesiones y que incluso atacó la capital de Isla Grande siendo derrotado por los esforzados naturales.

Pude quedar con los fareros muchas noches. En la oscuridad de la noche tenía como mía la luz que se proyectaba sobre el mar traspasando las tinieblas. En noches sin luna pude contemplar las estrellas y, en mi ignorancia, creía ver la Estrella Polar y la Cruz del Sur juntas en una constelación sin principio ni fin sobre mi cabeza. Me sentía entonces como el Capitán de quince años o como el Hijo del Capitán Grant recorriendo los mares de la mano de Julio Verne.

Haciendo abstracción de la realidad creí estar en la isla desierta, a la que había llegado después de sufrir tremendas tempestades, con el salvaje Viernes, siendo yo Robinson Crusoe. Otras veces era Erik el Rojo que partía de Islandia para explorar la costa de Groenlandia poniendo mi empeño bajo el amparo de Odín.

Nombraba tío Isidro a muchos más navegantes, aventureros y exploradores con las fechas de sus proezas. Estaban el Descubridor de América y quienes llegaron primero a los Polos; Vasco Núñez de Balboa que descubrió el océano Pacífico y Rodrigo de Triana que fue el primero en ver, desde su puesto de vigía en La Pinta, la isla de Guanahaní en el Nuevo Mundo. Retrocedía en el tiempo hasta los griegos y fenicios que fueron conquistando el Mediterráneo llegando en sus endebles embarcaciones hasta las Columnas de Hércules. Citaba a Ulises, el héroe mitológico, que estuvo diez años navegando hasta llegar a Itaca.

Tenía tío Isidro escrito en su relación los nombres de tantos barcos veleros o de vapor que habían sido protagonistas de las gestas heroicas de los hombres: goletas, bergantines, paquebotes, fragatas y balandras.

Voy tomando las cartas al tuntún dejándome llevar seguramente por el colorido de los sellos y el exotismo de los nombres de puertos que se me antojan lejanos. Me inclino por abrir el sobre que tiene un lindo sello de fondo negro con la silueta en blanco del Fujiyama nevado y con matasello de Osaka. Dentro dos pequeñas hojas de papel de avión tienen la escritura que me va siendo familiar:

Queridos padres:

Escribo desde esta preciosa ciudad de Japón a la que hemos llegado con cargamento de carbón procedente de un puerto lejano. El viaje ha sido bueno ya que en esta parte del Pacífico es difícil encontrar en este tiempo mareas malas. Me dado un paseo ligero por las cercanías del muelle y lo que he visto me parece fabuloso. Me de decirte padre que no creerías la cantidad de gente que hay aquí. Es un hormiguero humano que si lo comparamos con los poquitos que somos nosotros en nuestra isla es asombroso. Los edificios son altos y bien conservados y las personas con las que me he encontrado me parecen risueñas y amables.

Partiremos mañana hacia Tokio y todos queremos encontrar un cielo despejado pues nos dicen que en días así es posible ver el Monte Sagrado de los japoneses que sabrás se llama Fuji que en japonés significa algo así como Riqueza del Samurai. Es la que nosotros llamamos Fujiyama y viene a ser tan alta como el Píco Teide que está en Nivaria. Estoy deseando verla porque en estas fechas casi media montaña está nevada y por lo que veo en la postal que acompaño es preciosa.

Después de Tokio iremos hacia el mar rojo para atravesar el Canal de Suez y llegar a Dubai en donde cargaremos petróleo con destino a alguna refinería de Europa, posiblemente Amsterdam. Vamos a tener en estos próximos días una buena paliza pues tendremos que limpiar a fondo las bodegas después de descargar el carbón para poder cargar el crudo.

---

Espero estar por ahí muy pronto, reciban mis besos. Vuestro hijo,  
Isidro.

Junto a los papeles venía en efecto una preciosa postal que no se si sabré describir. En primer término y desde la izquierda al centro unas frondosas ramas de almendros en flor invitan a entrar en el paisaje; a la derecha los cinco tejados con líneas curvas de una pagoda lucen en medio de los balaustres y ventanas de madera; en medio de la postal, miles de casas llegan hasta las faldas del volcán mientras éste eleva voluptuoso su pico nevado al cielo; unas pocas nubes ponen el contrapunto al cielo limpio. Puedo adivinar los colores en la estampa en sepia: el rosado de los almendros, el blanco de las nubes y de la nieve que destacan sobre el azul del cielo, el ocre de la montaña y el negro y rojo del templo.

Me emociono como una tonta tras leer la carta y con ella y la postal en mis manos cierro los ojos y recuerdo las de veces que abuelo me hablaba del tío marinero. Me decía que Isidro nunca tuvo ganas de ser pescador. Me contaba como, al poco de terminar la mili, se enroló en los barcos que unían las islas del archipiélago fuera de cabotaje o de pasajeros. Así pudo tocar en los puertos de Titerroy, de Nivaria y de Isla Grande y recalar entre viaje y viaje por Puerto de Cabra. Más tarde, cambiando de naviera pudo conocer las otras islas: Isla Corazón, Hierro y Gomera. Al poco las islas canarias le quedaron pequeñas y encontró acomodo en la ruta que las unía con Madeira, con Portugal y con el Reino Unido. En la Graciosa, contaba el abuelo habérselo oído decir a Isidro, cargaban los pequeños tomates rojos que en Inglaterra eran codiciados para confituras; en Madeira, era el vino, las cebollas y los muebles de mimbre lo que transportaban.

Sin darme cuenta la lluvia había parado y el sol de invierno había desaparecido dejándome casi a oscuras. Fui hasta la ventana y miré a los árboles del parque pensando en Isidro y haciendo cuentas de cuanto tiempo hacía que no lo veía: ¿quince años, veinte quizás? Me estiré para matar el poco de frío que se me había metido en el cuerpo y encendiendo la luz guardé mis nuevos tesoros en la caja del abuelo. Su cara me vino a la mente. Sonriente, guapo, quemado por miles de horas de sol y de viento; hablaba de sus viajes como si no tuvieran importancia alguna; para él recorrer el mundo a bordo de los barcos debía ser algo tan rutinario como para mí coger la guagua de Las Palmas al Puerto, y las tempestades y los huracanes que ponían en peligro la embarcación los asumía como yo soportaba las apreturas de los demás pasajeros.



Decía abuelo que la madera de marino del tío, recia y fuerte, le quedó clavada al cuerpo en los meses que pasó en Noruega haciendo cursos de oficial en un barco velero de dos palos. Entonces tuvo que navegar por el Mar del Norte con olas enormes y con cualquier viento

y subir, quieras que no, a lo alto del palo mayor. Decía Isidro que la escala del palo mayor llegaba tan sólo hasta la cruceta, y si hasta aquí era difícil y había que subir como monos, de ahí para arriba había que hacerlo encaramándose por el palo pelado haciendo unos nudos con cuerdas donde fijar los pies. Así llegaban a pasar el cable de la antena por la rondana que luego iría fijada de palo a palo. Reconozco que por más que me lo explicaba, yo no entendía naíta.

Aquella noche soñé con barcos y piratas. Iba a bordo de un precioso galeón con las velas desplegadas navegando a favor del viento rumbo a las islas de los Mares del Sur. Pasamos raudos dejando atrás a Tahití y sus cocoteros, sus playas de arena blanca y su laguna de coral con agua verde turquesa. Íbamos por los caminos del mar hacia Bora Bora con su viejo volcán que se eleva sobre las aguas del Pacífico. Allí, en las islas paradisíacas nos esperaba para luchar por su posesión el más temible filibustero de todas las épocas, cruel como ninguno, que tenía en su haber la muerte y descuartizamiento de cuantos le habían plantado cara. Su cara era terrorífica y en su boca abierta no lucía más que un par de dientes carcomidos sujetando el cuchillo. De sus orejas pendían grandes aros que giraban en contra del movimiento de la cabeza, y el parche negro en el ojo derecho lucía como una bandera amenazadora. La lucha fue cruenta. Los cañones vomitaban fuego y retrocedían sobre cubierta impulsados por la pólvora. Los arcabuces bramaban y los sables estaban preparados para llegar al cuerpo a cuerpo.

En el sueño me veía en medio de los hombres que caían al mar por decenas y oí el estampido de un certero disparo que dio contra el palo mayor de nuestro barco cayendo y arrastrando en su caída la bandera con las tibias cruzadas. Una vía de agua se abrió en el

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

costado del galeón y con ella nos íbamos rápidamente a pique y entonces fue cuando resonó en mi cabeza la más horrenda y espeluznante risa que había escuchado en mi vida, que salía de la desdentada boca de nuestro enemigo y que me despertó.

Maldije a mi tío como responsable del mal sueño del que había despertado y pese al frío de la noche me levanté, arrebuñándome con lo primero que me vino a mano. Estaba sin sueño y abriendo el baúl del abuelo busqué entre las cartas y, sin importarme su fecha, cogí una al azar que contaba:

Llebo unas semanas navegando en el buque Helena en la pesca del atún. Te digo madre que este es un trabajo que requiere esfuerzo y no es para hombres sensibleros que no los tenga bien puestos. Los atunes son pescados grandes y pesados. Hace falta para su captura mucha maña y para moberlos sobre cubierta nos balemos de unos garfios grandes con los que los enganchamos por el lomo. Así los llevamos hasta dejarlos caer en las bodegas. Debo decírles que hace unos días tuve un altercado con un japonés a bordo. Estabamos cerca de Capetown y al infelis no se le ocurre otra cosa que tírarme un pescado a la espalda que me hiso dar un brinco al darme en las paletillas. Me rebolví como una panchona, madre, y calculé por su risa quién había sido el cabrón que se atrevió a molestarme. Fui hacia él con calma y el carajo al verme trató de justificarse. Sin darle tiempo a esplicaciones le cogí por un brazo y poniéndole el garfio en el cuello le juré que iba a matarlo. Chillaba diciendo no sé qué en su idioma. El alboroto atrajo la atención del capitán que me ordenó soltar a mi presa. El hombre estaba blanco como un papel y medio arrodillado ante mí con

los ojos grandes como platos. No lo maté, madre, por poco, y la verdad es que ahora me alegro de no haberlo hecho aunque estoy seguro que navegando sabe Dios por que mares tengo un enemigo que no me perdona...

Pasó la noche en un suspiro y la primera luz de la mañana me encontró con las cartas sobre mis faldas. Mi imaginación volaba por países exóticos y mares lejanos. Veía tabernas de puertos en las que los hombres peleaban entre sí a muerte, y puertas de lupanares en las que mujeres pintarrajeadas y con cigarrillos en sus dedos marcados de carmín les incitaban a entrar. Oía los comentarios groseros de los marineros en respuesta a las obscenas provocaciones de las mujeres de amplios senos y estudiadas posturas.

Tío Isidro describe en una de sus cartas la taberna del puerto de una ciudad de la que olvida poner el nombre. Es amplia, casi cuadrada, con un mostrador en una de sus esquinas. Hay barriles, y hay mesas de madera sólida sin tratar, con taburetes en los que se sientan hombres solos y hombres en compañía de mujeres de la vida. El humo de los cigarros y de las pipas deja opaca la luz de las pocas lámparas que tratan de alumbrar el local. En las paredes manoplas con escudos de armas y espadas de mentira sirven de decoración junto a piratas de cartón piedra de pata de palo y ojo tuerto. Las parejas se besan y algunas, más osadas, se acarician sin pudor. En otra de las esquinas, sobre un estrado, una mujer canta con voz melosa acompañada de un pianista que toca con notas tristes canciones de amor y celos.

Hoy sé que fueron pequeños problemas y causas inexistentes los que me impidieron ir durante tantísimo tiempo a la isla de Lobos. Sé también que yo estaba perdidamente enamorada de tío Isidro. De



## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

su hombría y de sus aventuras, y sé que era un temor infundado de perderlo para siempre lo que hacía que dejara el viaje pendiente para otro día. Por fin hace poco, con mis achaques a cuesta, preparé el viaje y me preparé a mi misma para lo inevitable. Era primavera, en los días primorosos de un mes propicio para los buenos encuentros. Mi corazón buscaba el punto de equilibrio necesario para no saltar alocado. Embarqué en el pequeño muelle de la playa en el bote que iba a llevarme a mi destino. Las arenas rubias de Herbania iban quedando atrás y desde mi puesto en la tabla central de la barca veía acercarse mi destino. ¿Cómo decirlo? Iba yo anhelante como una chicuela a la que le llegara su primer y único amor. Pensaba en los lobos marinos que antiguamente habitaban la pequeña isla y los imaginaba contentos de vivir y amar en lugar tan paradisiaco. Poco a poco, a golpe de remo, nos fuimos acercando y llegó un momento en que pude escuchar el ruido de las olas al morir sobre la costa.

Pisé la tierra con veneración. Las gaviotas vinieron a darme la bienvenida y yo sacudí de mis ojos unas lágrimas que revoloteaban en ellos. Dirigí mis pasos sin rumbo. Quería saborear el mismo salitre que llegó a los labios de tío Isidro cuando estuvo en esta su Isla Negra. Ansiaba recorrer los senderos y subir a la colina. Me ilusionaba tocar con mis manos las piedras del faro en que tantas noches oyó las historias narradas por Rodolfo y por Andrea.

Caminé varias horas sin rumbo fijo. Iba deteniéndome en cada charco y pisando sobre mis pisadas en la blanca arena. Bordeé la isla. Subí y bajé una y otra vez y me acerqué lentamente hacia el faro. Entonces le vi. Estaba junto a la orilla. Era, estaba segura, tío Isidro esperándome. Como me había esperado siempre. En pie, de cara al mar, dejándome ver sus robustos hombros, su ancha espalda, sus

piernas plantadas como árboles centenarios en el suelo. Le conocí en la forma de tener mantenida su gorra hacia atrás cubriendo su nuca, manteniendo fuera la coleta formada con su negro cabello. Vestía un polo de rayas azules y blancas, y blanco era el color de los pantalones que ceñían su cuerpo. Corrí hacia él llamándole a gritos: ¡Isidro, Isidro, tío Isidro! Se volvió a medias y pude ver su cara curtida por vientos y mar y vi como de la pipa que llevaba en su boca salía unas volutas de humo que me daban la bienvenida. Contestó a mi llamada con una voz apacible en un lenguaje desconocido... Entonces, comprendí que aquel marinero no era mi amor y una gran angustia se aferró como tenazas a mi corazón. Al llegar a su lado, borbotones de lágrimas brotaron de mis ojos cansados y golpeando de impotencia su fornido pecho me acurruqué como una niña entre los robustos brazos de aquel hombre extranjero que, en su idioma lejano, me decía palabras de consuelo.



Dicen quienes la han visto que la isla de San Borondón está muy cerca de nosotros en algún lugar del extenso Atlántico. Dicen, que en ella seguramente habitan los trasgos y los duendes de latitudes superiores a la nuestra y que a lo mejor las brujas de nuestros campos se cobijan entre sus brumas.

Estas cosas no las sabía 'Pancho' y por ello no pudo inspirarme ningún relato que tuviera asiento en la isla misteriosa de nuestro archipiélago. No obstante, yo veo en ocasiones a mi fiel perro con sus ojos semicerrados, cuando duerme la siesta, y entonces no me cabe la menor duda de que un día, más bien temprano que tarde, sacará de sus sueños historias de su mundo encantado.

Cuando, con susurros de ladridos me las cuente, trataré de darles forma. Y entonces los seres encantados de San Borondón nos dejarán saber de sus alegrías y de sus penas, que uniremos, quizá, a la de los personajes de estos ensueños de 'personas' verdaderas.

